

Carta de Argentina

Elecciones presidenciales

Jorge Andrade

El domingo veinticinco de octubre de 1999 los argentinos eligieron presidente constitucional para el año 2000 y manifestaron su voluntad de cambiar los modos instalados en el poder desde hace diez años. La oposición obtuvo una victoria amplia. Su candidato, el doctor Fernando de la Rúa, abogado de sesenta y dos años, viejo militante de la Unión Cívica Radical –organización política centenaria, interclasista y con arraigo en todo el país– que integra la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación con el Frepaso –partido de centroizquierda de reciente creación cuya fuerza reside en los grandes centros urbanos– obtuvo casi la mitad de los votos emitidos, dejando más de diez puntos atrás al representante del oficialismo.

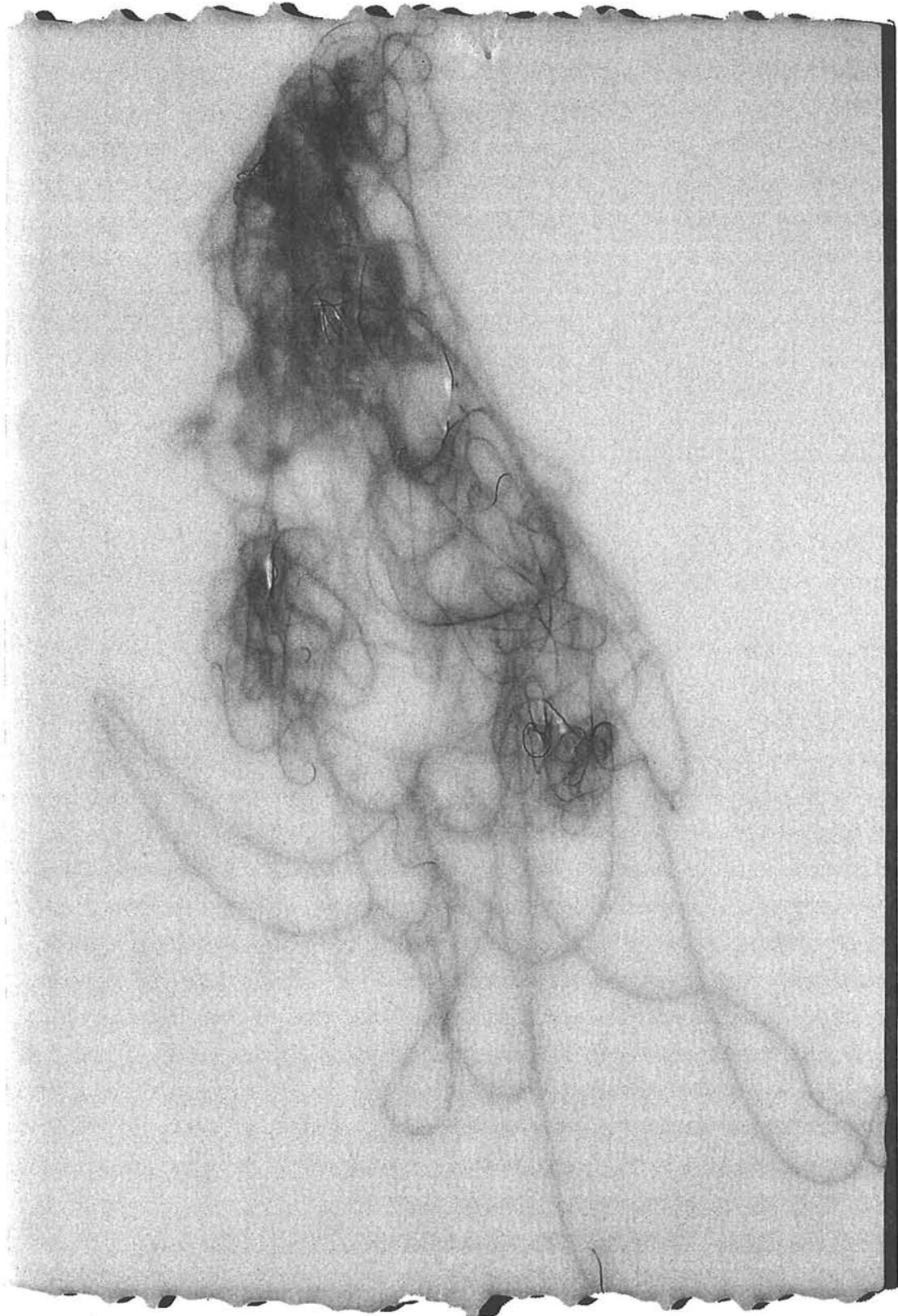
La inmediata lectura positiva que permite esta elección es que, por primera vez en los últimos setenta años, se va a llegar en Argentina a un cuarto período constitucional sucesivo sin interrupciones traumáticas. La segunda es que el electorado votó contra el modelo socioeconómico impuesto por el gobierno del presidente Menem. Aunque esta lectura merece ser matizada. La gente expresó su disconformidad con las consecuencias prácticas del neoliberalismo a ultranza, no contra su concepción teórica. No podría ser de otro modo pues no se puede pretender que el votante normal sea un analista socioeconómico. La gente normal se guía por lo que percibe y lo que percibe del «mercado» es la desocupación, la miseria, la delincuencia violenta, la extensión descontrolada del comercio clandestino de drogas, la corrupción de los políticos, la complicidad con el delito de las fuerzas destinadas a combatirlo, la acumulación ofensiva de riqueza y poder, su exhibición impúdica, la injusticia. La gente quiere que todo eso cambie, que fue lo que le prometió, reiterada y explícitamente, el candidato triunfador. Pero en Argentina, la gente, temerosa del desorden y aún fresco en la memoria el recuerdo de la hiperinflación, quiere que todo cambie de un modo tranquilo, sin sobresaltos. Una sociedad con una fuerte tradición de pequeña burguesía, aunque hoy descendida de clase y hundida en la miseria, tarda más en adaptar su ideología que sus hábitos de consumo y teme las revoluciones.

De todas maneras, el margen de maniobra que tiene el nuevo presidente es escaso. Es escaso objetiva y subjetivamente. En esta última circunstancia porque el doctor de la Rúa es un conservador, aunque tolerante con las ideas ajenas. Y en el primero porque los grupos dominantes de la extrema concentración económica que se ha producido en estos años en Argentina, los acreedores del país y los organismos internacionales de control financiero ya lo presionan para que no se salga del estrecho brete del neoliberalismo, que implica ajuste recesivo permanente. En tal caso es difícil imaginar cómo podrá cumplir las promesas de crear trabajo, terminar con la miseria, apuntalar la educación pública, estimular la investigación, dar crédito a la pequeña y mediana empresa, mejorar el haber de los pensionistas y de los maestros, jerarquizar la justicia, crear una policía profesional bien remunerada, combatir la desocupación, si tiene que achicar el presupuesto nacional, echar a la calle a miles de empleados públicos, reducir los ministerios y secretarías y por lo tanto desatender los organismos de control de los servicios públicos privatizados, de la calidad de los medicamentos y de los productos alimenticios que llegan a los consumidores.

Un ejemplo sorprendente y palpable del cambio ambiguo que requiere la población lo representa el resultado que se produjo en la provincia de Buenos Aires. Con nueve millones de electores, es de lejos el primer distrito electoral del país y uno de los más azotados por la desocupación, la pobreza, la droga y la delincuencia. La Alianza del nuevo presidente llevaba allí como candidato a la gobernación a Graciela Fernández Meijide, fenómeno político inédito en nuestro país, tanto por haber alcanzado un puesto preeminente en la consideración pública siendo mujer como por haberlo hecho después de los sesenta años. Dos años atrás glosé en estas mismas páginas su inesperado éxito cuando, contra todo pronóstico, derrotó al oficialismo en las elecciones parlamentarias por aquel mismo distrito. La señora Fernández Meijide representa el ala más progresista de la Alianza. En estos dos años los asesores de imagen, que creen saber interpretar los deseos de la audiencia, se empeñaron en limar los rasgos de su personalidad más espontáneos, que denotaban más sentido común y que mejor conectaban con la gente, con la peregrina idea de que su mensaje podía inquietar a los ciudadanos bienpensantes. No obstante ello, en su campaña, «Graciela», como la llaman sus seguidores más entusiastas, propuso recetas propias de una sociedad evolucionada para solucionar los múltiples problemas de la provincia de Buenos Aires, de los cuales no es el menor una poderosa policía absolutamente corrupta que comanda el delito organizado. El candidato oficialista, que se veía atrás en las encuestas, apeló en los últimos tramos de la campaña a argumentos sencillos. Olvidando que la propia policía es

el motor del delito, la llamó a «meter bala a los delincuentes» y, simultáneamente, tildó a la señora Fernández Meijide de «atea, abortista y anticristiana». Las encuestas que daban a la candidata opositora una ventaja de cuatro puntos se transformaron, a la hora del recuento de los votos, en una victoria por casi diez para el candidato oficialista. La base de su triunfo estuvo en una coalición espontánea entre los sectores más conservadores de la sociedad provincial y los más pobres y desfavorecidos culturalmente. La misma fórmula que mantuvo al presidente Menem en el poder por diez años: la riqueza de unos cuantos más la ignorancia de muchos.

No obstante todas las salvedades que pueden hacerse, un cauto aire de optimismo refresca el país, que tiene la esperanza de que el presidente electo y su equipo corrijan, aunque más no sea, los aspectos más ofensivos del estilo de gobierno vigente en estos años de desregulación, de apertura indiscriminada, de capitalismo salvaje y de corrupción.



Spellbound (1992). Acuarela, hilos y seda